
A las puertas del libro



Estudios de literatura española y francesa: siglos XVI y XVII. Homenaje a Horst Baader. Editado por Frauke Gewecke. 1984. aprox. 280 p., aprox. US\$ 18,-

Ensayos de Edmond Cros, Stephen Gilman, Maurice Molho, J. V. Ricapito, Francisco Rico, Gonzalo Sobejano y otros.

Alejandro Losada, **La literatura en la sociedad de América Latina. Perú y el Río de la Plata 1837 - 1880.** 1983. 243 págs. (Editionen der Iberoamericana III, 9). US\$ 10,-.

Este libro es el punto de partida de un amplio proyecto de una historia social de la literatura latinoamericana.

Victor Fariás, **Los manuscritos de Melquiades. «Cien años de soledad», burguesía latinoamericana y dialéctica de la reproducción ampliada de negación.** 1981. 404 págs. (Editionen der Iberoamericana III, 5). US\$ 25,-.

«Una de las interpretaciones más sugestivas de **Cien años de soledad**. Su esfuerzo es realmente loable por el análisis meticuloso que produce uno de los estudios más serios sobre esta materia». Jesús Díaz Caballero, en:

Hispanamérica, No. 36, 1983.

Karl Kohut (Ed.), **Escribir en París. Entrevistas con Fernando Arrabal, Adelaide Blasquez, José Corrales Egea, Julio Cortázar, Agustín Gómez-Arcos, Juan Goytisolo, Augusto Roa Bastos, Severo Sarduy y Jorge Semprún.**

Edición e introducción por Karl Kohut. 1983. 286 págs. (Editionen der Iberoamericana I, Texte 3). US\$ 10,-.

«Se trata de una rigurosa investigación y una pieza periodística magistral». Francisco Prieto, en: **Proceso** (México), 28. 5. 1984.



IBEROAMERICANA, No. 21, 112 p., US\$ 6,00.

IBEROAMERICANA es nuestra revista dedicada a la cultura, la literatura y la lengua de España, Portugal y América Latina. Se publica tres veces al año, y la dirigen los profesores Martin Franzbach, Karsten Garscha, Jürgen M. Meisel, Klaus Meyer-Minnemann y Dieter Reichhardt. La suscripción anual cuesta US\$ 15,- más gastos de envío.

IBEROAMERICANA, No. 21 es un número temático sobre **Adquisición de lenguaje**. Se publican en portugués y en castellano estudios de Claudia de Lemos, M.C. Perroni, E.A. da Motta Maia, Teresa Jakobsen y Conxita Lleó.

En números anteriores se han publicado en castellano ensayos de Noé Jitrik, David Viñas, Fernando del Toro, Mabel Moraña, y otros.

Verlag Klaus Dieter Vervuert
Wielandstrasse 40, D-6000 Frankfurt, R.F.A.

Primer recuerdo

Con la siesta todo se llenaba de silencio y ella, para no romperlo, cruzaba el patio de puntillas, con la nieta dormida en sus brazos y la gata amarilla pisándole los talones. Aprovechaba siempre aquella hora fronteriza de calma y sueño para coser en la cámara. Allí la hiedra cubría la ventana como una cortina espesa y olorosa, donde la luz se rompía en hilos finísimos y reflejos de hojas.

Dejaba a la niña en su cuna y empezaba a coser lentamente, mecida por el silencio de la casa dormida. La gata se paseaba husmeando baúles y la ropa limpia del cesto, hasta ceder también al sueño. Del corral subían olores calientes a flores marchitas y tierra calcinada, y un ruido de agua... era el grifo del pilón que estaba mal cerrado.

Empezaban sus horas, en las que se reconocía y encontraba, dejando fluir recuerdos entrecortados, pensamientos lejanos, sueños confusos, como si la cámara envuelta en la penumbra fuese su punto de partida en el tiempo.

Una vez acabado el ajeteo de la mañana respiraba profundamente. Las tardes eran siempre más tranquilas; le gustaban las tertulias después de misa de ocho; cuando venían las visitas abandonaba la costura y con un gesto inconsciente acariciaba a la gata o arrancaba algunas hojas secas de hiedra, vigilando el sueño de la niña, viendo a través de ella el curso de su vida, el límite de su tiempo, traspasándole sus sueños y aquello que sólo se abría en la cámara, en un juego de miradas y caricias; buscando, en sus rasgos, el reflejo de su infancia, de aquellas otras caras desdibujadas, vivas en el recuerdo, que también la miraron con la misma ternura y, con ellas, su mundo de entonces sonreía, a veces sentía los mismos miedos, las mismas dudas y esa inquietud de ver pasar la vida tan deprisa, ella, que intentó siempre conservar su mundo intacto; recordaba aquellas noches lejanas de su adolescencia en que buscaba también, como ahora, el silencio de su casa dormida, para fijar en su memoria cada objeto, cada mueble, la luz que se colaba por los balcones entornados, los olores del verano, los ruidos de la noche, en una larga despedida de su adolescencia, viviendo a través del sueño de los demás, su propia vida, anudada irremediablemente a las suyas, aferrándose a ellas; inútil, porque ahora sólo le quedaban recuerdos vagos y a veces tenía que mirar la foto de su padre para saber cómo eran realmente sus manos o aquel gesto que ponía cuando se enfadaba, o las arrugas que se le hacían a su madre cuando reía, aunque a veces la sentía en ella misma, regañando a sus hijas, regando las plantas, trajinando en la cocina..., y de su casa confundía las habitaciones..., ¿cómo eran los azulejos del cuarto de baño?, ¿verdes o azules?, ¿o los dos?, ya no sabía, pero al fin y al cabo, ¡qué más daba!

Lo que nunca la había abandonado era esa sensación de miedo al ver cómo poco a poco todo aquel mundo se derrumbaba, miedo a la muerte... Ahora se repetían sueños lejanos de su infancia, como un mal presagio. Se volvía a ver sola en mitad de la noche, un chirrido de ruedas rompía el silencio, venían a buscarla..., siempre eran viejos con coches de muertos.

Dejaba de nuevo la costura con un gesto de cansancio y miraba por la ventana como queriendo salirse de sí misma. El sol se escurría despacio por la fachada de enfrente y el aire parecía vibrar, denso, rebosante de luz; no llovería, el cielo seguiría así, azul, infinitamente azul.

Abría su abanico, dejándose llevar por el barullo de los pájaros en la hojarasca, para cerrarlo luego con un rápido juego de manos. Sólo al caer la tarde, después de regar el corral y la hiedra, se sentiría un poco de humedad y, con la puerta entornada del patio, habría corriente, para cuando llegasen las visitas... No eran verdes, azules, eran los de la saleta, donde cada tarde se reunía con sus amigas antes del paseo, azules con rayas más oscuras, y así recordaba las noches de baile en la glorieta, azules con la luna muy alta al son de aquella canción de moda, que se le enredaba en la memoria; azules las mañanas de verano, cuando iba del brazo de su madre al mercado, azules con olor a fruta y a sol, azul, pensaba con un amago de sonrisa, el traje de su marido, el día en que lo conoció.

Las campanadas del reloj de la iglesia la hacían volver de nuevo a la costura, enredaba entre los hilos de colores y en el espejo del costurero, miraba de refilón sus manos y aquel mundo muerto recobraba de nuevo su distancia, fija, cristalizada en el tiempo, para renacer de nuevo en las manos de la niña, en un vaivén incansable de vida y muerte.

La observaba atentamente, bajándose un poco las gafas, intentando imaginarla en un tiempo lejano.

La verdad es que a él lo conocía desde siempre, eran vecinos y jugaron juntos de niños, pero sólo lo descubrió aquel día del traje azul. ¿Cuándo fue? Buscaba en el álbum de fotos aquella fecha que no lograba recordar, o en los baúles alguno de sus trajes, o la carta que le escribió su hermana antes de la guerra..., y así seguía, hasta que el final de la siesta la sorprendía; ajena, encerrada en su mundo, en la luz aterciopelada de la cámara. Todavía sonaba el eco de la última campanada, las sombras se alargaban y el corral se había quedado sin sol. La vida volvía a girar a su alrededor, el abuelo la buscaba y en el cuarto de baño se oía un chapoteo de agua y la risa de las tías...

Ahora, las tardes calurosas de la siesta me devuelven ese tiempo lejano de horas silenciosas y verdes, fragmentos de imágenes y caricias, trozos de colores y penumbra, guardados en lo más profundo del recuerdo. Mi sueño de niña, acunado por el ronroneo de la gata, el temblor de la hiedra en la ventana y aquella mirada profunda y viva que se clavaba en mí, ensimismada, enternecida por el correr de la misma sangre, sintiéndome carne de su carne y único testigo de sus sueños, de sus recuerdos, de todo aquello que se anabela y se teme, sintiendo la muerte a flor de piel y la vida lejana y confusa. Sí, hay una mano caliente y fuerte que me acaricia y un olor a hiedra y a geranio en mi piel, mezclados a sueños y pensamientos de siestas silenciosas, que rondan mi vida y me llevan a un tiempo que nunca viví.

De ella quedan huellas vagas en mamá y las tías, esbozos de sonrisas, voces que retumban por la casa, gestos ariscos de «gatas negras»; lo demás quedó en las hojas estrelladas de la hiedra, en el silencio de las siestas, allí en la cámara, donde siempre la imaginé y sentí; seria, pensativa, con su pelo brillante y negro recogido en un moño con las peinetas de nácar, que años más tarde encontré en el cajón de su costurero, enredadas a los hilos de colores, junto a las canicas de barro de sus hijos, los libros de cocina y una caja de acuarelas diminuta.

SONIA GARCÍA SOUBRIET

Augusto Figueroa, 47

28004 MADRID

Un concierto

Su punto de vista no veía

Su punto de vista es ciego. Se le hace imposible unir la continuidad de los puntos.

Su punto de vista no ve la navaja crepitando en la certidumbre.

*La idea se tira en la pared
Y encuentra un punto de apoyo la ceguera
La verdad de su principio no tiene razón*

Su punto de vista es ciego. Habla sin abrir las pupilas.

Tu sombra y mi edad

Camino por el rostro que nace en la cópula anticipada. Voy royendo el olvido y limpio tu sonrisa. Tú ríes, buscando una fiesta posible en los andamios de tu voluntad. Pero en la boca no hay espacio suficiente; faltan sábanas donde contener tu alegría. Y la distancia que me une a ti no se diluye con un aplauso.

Si en estas circunstancias cogemos una libra de carbón y llegamos a la lámpara del siglo.

Abí estará la oscuridad del fuego. Viviendo el espiral de la sustancia en la figuración de la llama.

La humanidad del día sube cuando le quito una piedra a la tarde

Un fuego de agujas supera la oscuridad desposeída en el polvo de tu capricho. Convén-cete. Un deseo sin llama no sube a la ira. A la madurez de la música enjabonada que no permite volver atrás.

Le quito una piedra a

*la insinuación de la tarde, y la humanidad
de tu ojo crece a imagen de la sangre.*

*La
tarde limpia la sombra con el oído del ho-
rizonte. Luego el sol aumenta la órbita en
el ocaso abierto del vacío.*

*En esta amplitud
el porvenir se dilata en el tamaño de la
forma.*

*Las agujas perforan la costura invi-
sible de la tempestad.*

Afanes de un poeta

*Abro los ojos y el deseo de escribir se levanta
conmigo. La voluntad llega más temprano
que nunca a lavarme, a limpiar los versos.*

*Mi
disposición reblandece el misterio. No queda
una galería sin la luz del sonido.*

*Los afanes
amanecen en el mar. La sal también tiene vigilia.*

*A veces me levanto; dejo la vocación de escribir
en la cama, y el invierno desesperado
presagia*

el vuelo gris de las golondrinas.

*En resumen. Con la claridad de mi afán, sentía
en mi propósito que un poeta orinaba
los confines de la razón; determinando
con esta insolencia*

el uso definitivo de la palabra.

La rutina se ocupa de nuestra sangre

*Aquí estamos. Donde la gente se acostumbra a la cara
olvidando la espontaneidad de su rostro.*

*El hábito
supone una quietud antigua. Un gesto arrodillado.*